JUAN ANTONIO CAVESTANY

EL IDILIO DE LOS VIEJOS

COMEDIA EN DOS ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ

EN EL TEATRO ESPAÑOL

EL 19 DE FEBRERO DE 1909

MADRID
TIP. DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS
Infantas, núm. 42.
1909

JUAN ANTONIO CAVESTANY

EL IDILIO DE LOS VIEJOS

COMEDIA EN DOS ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ

EN EL TEATRO ESPAÑOL

EL 19 DE FEBRERO DE 1909

Al distinguido actor D.
Manuel Vigo,
su amigo
J. A. Cavestany

MADRID
TIP. DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS
Infantas, núm. 42.
1909

REPARTO

La señá Dolores..	*Sra. Tubau.*
Petrilla..	*Srta. Asquerino.*
El tío Lucas.	*Sr. La Riva.*
Don Andrés..	» *Prado.*
Antonio.	» *Reig.*
Perico.	» *Soto.*
Carrillo..	» *Lucio.*

La acción se desarrolla en un pueblo de Castilla y en la época presente.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un huertecillo de escasa frondosidad. A uno de los lados, la fachada de una casa de aldea castellana, con puerta practicable y una ventana que da frente al público. Sobre la puerta un emparrado, y bajo éste bancos ó sillas. Es la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

DON ANDRÉS, en escena, y PERICO, que entra.

PERICO. Buenas tardes, señor cura.

ANDRÉS. Hola, Perico.

PERICO. ¿Qué? ¿No maduran los albaricoques?

ANDRÉS. Ni las ciruelas, ni las guindas. Te digo que este año la fruta...

PERICO. Heló mucho en Abril.

ANDRÉS. Y el huerto está muy mal cuidado.

PERICO. Gracias, don Andrés. Ya sabe usté que yo soy el hortelano.

ANDRÉS. El hortelano, y el guarda, y el mayordomo, y hasta el cocinero. La señá Dolores no tiene á su lado más que á ti.

PERICO. No necesita más la pobre vieja. Tiene, por lo menos, á una persona que la quiere de verdad.

ANDRÉS. Todos la queremos, hombre.

PERICO. Ya sé yo que usté la estima, don Andrés.

ANDRÉS. *Señalando á un árbol.* Mira; este peral no está malejo.

PERICO. ¡Qué ha de estarlo! Y que da unas peras de agua que chorrean miel. Son las que le gustan á la señá Dolores.

ANDRÉS. Porque se parecen á las del huerto de los Alamillos.

PERICO. Ahí tiene usté lo único que ella echa de menos de todo lo que ha perdido en el mundo: el huerto de los Alamillos.

ANDRÉS. Es natural. La pobre ha tenido pocas felicidades en la vida, y aquella casa y aquel jardín fueron testigos de sus contadas horas dichosas. Allí nació su hijo...

PERICO. Lo cual fué para ella una desdicha, más bien que una felicidad.

ANDRÉS. ¿Por qué, hombre?

PERICO. Porque Antonio no es buen hijo; es un ingrato. En veinticinco años que hace que se fué del lugar, sólo ha vuelto tres veces, cuando más, por una semana...
ANDRÉS. Tiene sus ocupaciones, sus deberes...
PERICO. Sí; ya sé que es todo un señor catedrático; pero, ¿sabe usté lo que le digo, don Andrés?
ANDRÉS. ¿Qué dices?
PERICO. Que los hombres no estamos bien lejos de nuestras madres. Somos como los melocotones, mal comparados. Mire usté qué hermosos están todos los de esa rama. Señalando una. Pues conforme los cojan, nada más que de apretarlos con las manos para cogerlos, ó de dar unos contra otros en la cesta, ya tendrán alguna picadura, ya no estarán sanos. ¿Por qué? Porque los han separado de su rama, de su madre.
ANDRÉS. Si llegas á decirme eso el sábado, lo suelto en la plática del domingo. No está mal la comparación.
PERICO. Yo lo comparo todo con el campo.
ANDRÉS. Haces bien, porque en el campo está la imagen y la enseñanza de todo. La Naturaleza es la gran maestra; es...

ESCENA II

DICHOS y la SEÑÁ DOLORES.

Que aparece dentro de la casa, en la ventana. La *señá Dolores* es una viejecita de aspecto simpático; muy limpia, de cabellos blancos y cuerpo encorvado.

DOLOR. ¿Todavía por aquí, señor cura?
ANDRÉS. He estado regando un rato.
DOLOR. Esa es misión de Perico.
ANDRÉS. Hoy hemos trocado los papeles. Yo he regado por él, y él ha moralizado por mí.
DOLOR. Es un hablador incorregible.
PERICO. Pues de usté hablaba, señá Dolores.
DOLOR. ¿De mí?
PERICO. De la pena que me da verla á usté tan sola y tan triste.
DOLOR. Cuando se llega á los ochenta no hay que esperar mucha compañía. Se han muerto todos los que podían hacérnosla.
PERICO. Usté tiene un hijo...
DOLOR. Que tiene otra familia.
PERICO. Sí, una mujer muy empingorotada y muy tiesa, que vino aquí una vez para encontrarlo todo mal.
DOLOR. Los lugareños no sabemos dar gusto á los cortesanos.
PERICO. Qué más quisiera ella que parecerse á usté, que ser tan reguapa.

DOLOR. Riéndose. ¡Jesús, qué disparate!
PERICO. Usté se quita treinta años de encima, y se queda tan bonita como la Dolorosa; propiamente como la Dolorosa del altar mayor. ¿No es verdad, señor Cura?
ANDRÉS. Hombre, esa comparación ya no es como la de los melocotones.
PERICO. Bueno; pues, sin comparar, lo que yo digo es que si Antonio viniese alguna vez por aquí, no estaría usté llorando siempre.
DOLOR. Antonio no puede sacrificarme su vida y su porvenir, el porvenir de su hijo...
PERICO. Esa es otra. Saber que está usté suspirando por conocer á su nieto, y no habérsele movido el alma para traérselo en dos años...
DOLOR. Resignada. Ya lo conoceré.
PERICO. Estoy seguro de que si usté se viera con ese arrapiezo entre los brazos, olvidaría todo lo que ha llorado en este mundo.
DOLOR. Puedes decirlo.
PERICO. No está bien hacer eso con una madre... ¡y con una madre como usté!..
DOLOR. Vamos, calla. Antonio es bueno.
PERICO. Sí, muy bueno, y no se le ha ocurrido siquiera venir á darle un abrazo ayer, que cumplió el año de la muerte del amo.
DOLOR. ¡Pobre Juan!
ANDRÉS. Dios le tendrá en su gloria.
PERICO. A *don Andrés.* La gloria se la ha ganado ella asistiéndolo. ¡Más de veinte años sin moverse del lado del sillón del pobre paralítico! Y eso que, según cuentan, el amo — Dios lo habrá perdonado — mientras fué joven se dió la gran vida por esos mundos de Dios, se arruinó divirtiéndose...
DOLOR. ¿Quieres callarte, charlatán?
PERICO. Y luego, cuando enfermó, y perdió el habla y el conocimiento... ¡es claro! se vino aquí, á que usté lo cuidara.
ANDRÉS. Vaya, no hay que ponerse triste. La señá Dolores ha sido siempre una abuelita muy alegre.
DOLOR. La alegría es para las personas lo que la savia para los árboles. Se acaba con la vejez. Mi huertecillo y yo nos vamos secando al mismo tiempo.
ANDRÉS. Los dos revivirán. Del huerto me encargo yo. Desde ahora me nombro su hortelano.
DOLOR. Trabajo inútil, don Andrés.
ANDRÉS. ¿Inútil? Verá usted qué ciruelas claudias y qué fresones vamos á coger el año que viene.

DOLOR. Esta tierra no es aquella otra; no es la de los Alamillos...
PERICO. Mañana juego á la lotería.
DOLOR. ¿Para qué?
PERICO. Para que me toque el premio gordo y vuelva usté á comprar el huerto de los Alamillos. Eso sería lo único que la alegraría.
DOLOR. Ni tú has de comprarlo, ni Carrillo querría venderlo.
PERICO. ¿Que no? Pues si anda ofreciéndoselo á todo el mundo. Dice que con ese dinero quiere hacer una obra en su molino.
DOLOR. Dejémonos de sueños... y adiós, que es tarde.
PERICO. ¿Se va usté ya?
DOLOR. Pronto vendrá Petrilla á dar su lección.
ANDRÉS. ¿La nieta del tío Lucas?
DOLOR. Es mi único entretenimiento.
ANDRÉS. Vaya, pues hasta luego, y á no entristecerse; á confiar en Dios, que devuelve la savia á los huertos... y á los corazones.
DOLOR. Ya es tarde para mí.
ANDRÉS. ¿Desconfianza? Cuidado, que se tuerce el surco de esa vida.
DOLOR. No hay miedo. Sabe ir derecho... aunque ya no dé espigas.
ANDRÉS. La tierra buena siempre produce.

La *señá Dolores* desaparece de la ventana.

ESCENA III

DON ANDRÉS, PERICO; después PETRILLA.

PERICO. ¡Pobre señá Dolores! Bien digna es de mejor suerte.
ANDRÉS. Mira, Perico; por si no te toca la lotería — que no te tocará—vamos á arreglarle este huerto y á dejárselo tan hermoso como el de los Alamillos...
PERICO. Eso no es fácil.
ANDRÉS. Todo será que yo me ponga á ello y que cace menos este año. Así como así, ya tengo remordimientos de tantas perdices sacrificadas.
PERICO. Pues mire usté que su ama, la señá Isidora, las pone un escabeche de primera.
ANDRÉS. También la gula es pecado mortal. Anda, ayúdame. Empecemos por regar bien los frutales.
PETR. Entrando. Buenas tardes, señor cura.
ANDRÉS. ¡Hola, arrapiezo! ¿Vienes á dar tu lección?
PETR. Sí, señor; pero vengo fastidiada, porque he salido de casa antes de que volviera el abuelito, que hoy se ha retrasado...

ANDRÉS. ¿Y qué?
PETR. Pues que no va á saber qué hacerse cuando vuelva y se encuentre sin mí. *A Perico.* Mira, si lo ves, dile que en el banco de la cocina le he dejado la hierba para Salomón.
ANDRÉS. ¿Salomón?
PETR. Su borrico, que es como si fuera de la familia. Yo creo que le quiere más que á mí, que soy su nieta.
PERICO. Hasta cierto punto...
ANDRÉS. Nieta de su hermano el que murió.
PETR. Bueno; no será mi abuelito, pero yo le quiero como si lo fuera; conque, lo mismo da...
PERICO. Di, Petrilla: ¿á ti no te da miedo de vivir sola con el tío Lucas?
PETR. ¿A mí, miedo?
ANDRÉS. No seas tonto, Perico; el tío Lucas, con la fama de huraño que le dais en el pueblo, es uno de los hombres mejores que yo he conocido.
PERICO. Será todo lo bueno que usté quiera, pero parece un ogro. Nunca se le ve hablar con nadie, como no sea con usté algunas veces...
PETR. *Con viveza.* Eso no es verdad, que conmigo bien habla. ¡Y poco que se ríe él de lo que estás diciendo!—¿Qué es un ogro, abuelito?—le pregunté yo el otro día.—Uno que se come á los niños crudos—me contestó.—Pues en el pueblo dicen que usté es un ogro — volví yo á decirle.—Pues ten cuidado, no vaya á comerte —me volvió él á contestar.—Y se estuvo riendo media hora.
PERICO. Debe ser viejísimo el tío Lucas.
ANDRÉS. De los más viejos del pueblo. Con seguridad pasa de los ochenta.
PETR. Ochenta y tres. Cuatro duros y cerca de una peseta. Eso me dice cuando le pregunto la edad que tiene.
PERICO. ¿Y todavía trabaja?
ANDRÉS. No hay mozo que resista más en la faena. Es una especie de vicio, porque debe tener sus buenos ahorros...
PERICO. ¡Vaya un gusto! Darse malos ratos sin necesidad...
PETR. Eso le digo yo todos los días. Usted no debe trabajar tanto, abuelito. Ya es hora de que descanse.
PERICO. Y él ¿qué contesta?
PETR. Que el hombre ha nacido para trabajar. No hay manera de convencerlo. Y eso es una vergüenza para mi, porque—ya ven ustedes—en casa vivimos tres: dos viejos y una joven: el abuelo, con sus ochenta largos; Salomón con sus veinticinco — que para un burro es una edad atroz,— y yo, que acabo de cum-

plir los trece. Pues resulta que los dos viejos están siempre trabajando, y yo soy la única que no hace nada.

ANDRÉS. Ya das tu lección con la señá Dolores.

PETR. Eso no basta.

ANDRÉS. Vaya si basta. A Lucas, aunque no haya soltado de la mano la azada en toda su vida, no le gusta la gente ignorante. El fué siempre de los más leídos y de los más sabios del pueblo.

PERICO. Yo le he oído decir á mi padre, que en paz descanse, que cuando era joven todos los mozos del lugar recurrían á él para que les escribiera las cartas á sus novias, porque ponía unas cartas... que había que verlas.

ANDRÉS. Y hacía unas coplas que había que oirlas.

PERICO. ¿También coplero?

PETR. Aún sabe muchas historias. Por las noches, después de cenar, me cuenta á mí unos cuentos... ¡que vaya unos cuentos!

PERICO. ¡Digo! Apenas sabrá él cosas de esas de encantadores y de princesas y de moros...

PETR. ¡Qué tonto eres! Esas cosas me las contaba cuando era más pequeña. Ahora me cuenta cosas más bonitas. Anoche mismo me contó una que no había más que pedir. La media noche había dado ya en el reloj de la Iglesia cuando nos fuimos á la cama.

PERICO. ¿Qué historia era?

PETR. La historia de un mozo, que quería mucho á una moza, y que cayó soldado. Al irse á servir al Rey dejó convenido con su novia que se casarían cuando él volviera... y cátate que vuelve y se la encuentra casada.

PERICO. ¿Sí?

PETR. Según parece la obligaron á casarse, pero eso es igual: lo interesante es que el mozo se quedó muy triste, y siguió queriéndola sin decírselo, y así pasaron muchos años, muchísimos; él siempre pensando en ella, y ella sin saber nada, sin sospecharlo siquiera... ¡Qué cosas decía el abuelito hablando de esto! A mí me daban ganas de llorar.

ANDRÉS. ¿Y en eso os pasasteis la noche?

PETR. En eso... y en pelearnos.

ANDRÉS. ¿Cómo?

PETR. Sí, porque el cuento no tenía final. No era más que lo que he contado. Y yo decía que los cuentos no acaban nunca de esa manera.

PERICO. Naturalmente.

PETR. Pues no pudimos ponernos de acuerdo sobre lo que debía suceder. A mí me parecía que lo mejor era que

él se fuese á un convento y se muriese allí como un santo. ¿No es verdad que eso sería muy bonito?—Quita, mujer, me contestaba el abuelo: lo mejor sería que ella se quedase viuda y que los dos se casaran al fin.—Yo: ¡Qué disparate!—El: ¿Porque ha de ser un disparate?—Yo: Porque me ha dicho usted que ya eran muy viejecitos.—El: ¿Y qué importa eso?—Yo: Pues que á los viejos cuando se casan les dan una cencerrada.—El: Pues hacen muy mal.—Yo: Pues deben irse á un convento.—El: Pues deben casarse. Así estuvimos más de dos horas y no nos entendimos. Nos fuimos á acostar muy enfadados, y...—¡miren ustedes si será terco!—ya llevábamos mucho rato de estar en la cama, cuando todavía me decía desde su cuarto, que está pared por medio del mío:—Lo mejor es que se casen.—Bueno, que se casen, le contestaba yo; pero verá usted la cencerrada que se llevan.

ANDRÉS. Mal negocio es, efectivamente. Yo no he casado más que á dos viejos hace mucho tiempo, y aún recuerdo la que armaron los muchachos. Tuve que romperles la cabeza á dos ó tres. Entonces fué cuando dijo Su Ilustrísima que me faltaba la unción evangélica.

PETR. Pero ¡qué loca soy! Llevo aquí un siglo de charla, y puede que la señá Dolores me esté esperando.

PERICO. Sí que te esperaba.

PETR. Pues voy en seguida. Precisamente hoy me sé muy bien la Historia Sagrada. Los hijos de Jacob.

ANDRÉS. ¿Cuántos hijos tuvo Jacob?

PETR. Dice la señá Dolores que los mismos que el tío Ambrosio.

ANDRÉS. ¿Y cuántos tiene el tío Ambrosio?

PETR. No lo sé de fijo, porque se le murieron dos ó tres el año pasado. Vase *Petrilla.*

ESCENA IV

DON ANDRÉS y PERICO; después CARRILLO.

ANDRÉS. Es alegre la chiquilla.

PERICO. Ahí tiene usté lo que es la señá Dolores. Siempre pensando en los demás. Cuando no está dando lección á Petrilla, está visitando á algún enfermo ó quitándose el pan de la boca para dárselo á los necesitados.

ANDRÉS. Por eso debemos todos procurar endulzarle los pocos días que le quedan de vida.

CARR. Entrando. Dios guarde á usté, señor Cura, y la compaña.

ANDRÉS. ¿Qué busca por aquí el bueno de Carrillo?
CARR. Al tío Lucas.
ANDRÉS. Pues no creo que sea este el sitio de encontrarlo. Yo no lo he visto jamás en está casa.
CARR. Ni yo tampoco. Por eso me sorprendió que me citase en ella.
ANDRÉS. ¿El es quien le ha citado?
CARR. Esta mañana, cuando se marchó al campo, me dijo que al anochecer le esperase aquí... ¡Y si usté supiera para qué!..
ANDRÉS. ¿Para qué?
CARR. No me atrevo á decírselo, porque no sé si él querrá que se sepa... Aunque, después de todo, siendo usté el único amigo que se le conoce...
PERICO. Para que se lo diga usté con más confianza, yo me voy, tío Carrillo.
CARR. No, hombre; no estorbas.
PERICO. Tengo que hacer. Mañana empezaremos nuestro trabajo, señor Cura: hoy ya es casi de noche.
ANDRÉS. Bueno, pero pásate por casa y que te dé la Isidora mi regadera, la grande. La tuya no sirve para nada.
Váse *Perico*.

ESCENA V

DON ANDRÉS y CARRILLO.

CARR. Vamos, ¿á que no adivina usté para qué me llama Lucas?
ANDRÉS. ¿Cómo lo voy á adivinar?
CARR. Para comprarme el huerto de los Alamillos.
ANDRÉS. ¿De veras?
CARR. Como usté lo oye.
ANDRÉS. ¿Y cuánto le paga por él?
CARR. Tres mil duros.
ANDRÉS. ¡Caramba! No lo creía tan rico.
CARR. Pues no me ha regateado ni un céntimo.
ANDRÉS. ¿Y para qué puede querer el huerto el tío Lucas?
CARR. Lo mismo me pregunto yo.
ANDRÉS. Es una finca de lujo, que produce muy poco.
CARR. Y que cuesta mucho.
ANDRÉS. Y él es el hombre de menos necesidades que hay en el pueblo.
CARR. No ha hecho más que trabajar en toda su vida.
ANDRÉS. Querrá descansar.
CARR. Tal vez. Ya es tiempo.
ANDRÉS. Mirando hacia el interior. Mire usté, pronto vamos á salir de la curiosidad, porque allí viene.

CARR. Mirando también. A pie. Otra cosa extraordinaria. El todas las tardes vuelve al lugar montado en su borriquillo...

ESCENA VI

DICHOS y el TÍO LUCAS.

El *tío Lucas* representa edad avanzadísima. Está arrugado, desdentado y anda con andar vacilante. Su aspecto debe ser de extremada limpieza y relativa energía, unidas á una franca expresión de bondad.

LUCAS. Buenas tardes.
ANDRÉS. Hola, tío Lucas.
LUCAS. Dios guarde á usté, señor Cura. Y á ti, Carrillo, veo que no se te olvidó la cita.
CARR. ¡Bueno fuera!
ANDRÉS. Cosa rara es verle por aquí.
LUCAS. ¿Por qué?
CARR. Porque tú no acostumbras á ir donde hay gente.
LUCAS. Pues habrá que ir perdiendo la costumbre. ¡Je, je! Ya sé que me llamáis el ogro. Y no sé por qué me lo llamáis. Los ogros deben ser personas de malas pulgas, de cara de vinagre, y yo me estoy riendo siempre. ¡Je, je! Convengamos en que, de serlo, soy un ogro bastante bonachón.
ANDRÉS. Y hoy viene usted á pie, lo cual también es extraño.
LUCAS. Es que Salomón ha terminado su servicio.
ANDRÉS. ¿Hasta mañana?
LUCAS. Para siempre. Le he dado el canuto. Bastante ha trabajado el pobre. Ahora, á darse buena vida.
CARR. Tú eres quien debías dártela ya.
LUCAS. También voy á dármela: también yo me he licenciado.
ANDRÉS. ¿De veras?
LUCAS. Al colgar la azada esta tarde me he despedido de ella, diciéndola: «Tú y yo hemos cumplido nuestra misión. ¡Je, je! Ya es hora de que descansemos. Te cogí por primera vez á los once años: te suelto á los ochenta y tres. No dirás que no te he sido fiel.»
ANDRÉS. ¡Digo!.. ¡Setenta y dos años!..
LUCAS. Y allí quedó, pendiente del mismo clavo en que está mi ros de sargento...
ANDRÉS. ¡Buen trofeo, tío Lucas! La prueba de haber defendido con las armas la tierra en que nació, y la prueba de haberla hecho fecunda con el trabajo. Pendiente de ese clavo está la historia de una vida honrada, ante la cual hay que quitarse el sombrero.
LUCAS. ¡Je, je! No me avergüence usté, señor Cura.
ANDRÉS. Bien merece usté el descanso que se prepara...

LUCAS. *Con extrañeza.* ¿Yo?
ANDRÉS. Ya me ha contado Carrillo...
LUCAS. *Comprendiéndolo.* ¡Ah! ¡Charlatán!
CARR. *Disculpándose.* Hombre, yo creí que al señor Cura no te importaría...
LUCAS. ¡Je, je! Has hecho bien... ¡qué diablo!.. Y puesto que ya lo sabe don Andrés, *Dándole un fajo de papeles.* toma.
CARR. ¿Qué me das?
LUCAS. Los tres mil duros; el dinero del huerto.
CARR ¿Así?
LUCAS. Puedes contarlos... aunque están bien contados. Son setenta y dos años de sudores.
CARR. Pero una finca no se compra de esta manera. Hace falta un Notario...
LUCAS. De eso tú te encargarás. Lo que yo deseo es soltar el dinero, que me pesa, y sobre todo, poder decir desde ahora que es mío el huerto de los Alamillos.
CARR. Ya lo es, sin perjuicio de que esta misma noche mandaré aviso al Notario de la ciudad para que haga la escritura.
LUCAS. Corriente.
ANDRÉS. ¡Qué callado nos tenía el tío Lucas lo que proyectaba, para pasarse sus últimos años como un príncipe!
LUCAS. Hay que saber guardar los secretos. ¡Je, je!
ANDRÉS. Es justo premio á una vida larga de laboriosidad.
LUCAS. Pero si el trabajar no es una virtud: es una obligación y es también un consuelo. No hubiera yo llegado á esta edad sin el trabajo.
CARR. Es posible.
LUCAS. No hay pena que mate si á cada golpe que ella da en el corazón responde el brazo dando otro golpe en la tierra. A golpes se forja el hierro, á golpes se labra el terruño y á golpes se templa el alma.
ANDRÉS. Si me diera usté su labia, tío Lucas, qué sermones echaría yo...
LUCAS. El cultivar la tierra enseña mucho, porque enseña á esperar, y donde hay esperanza siempre hay alegría. Hoy podas ó riegas, y, sin embargo, la viña no te da racimos sino bastantes meses después; la tierra no te devuelve en frutos el agua que se bebió sino pasado mucho tiempo. Pues eso es el trabajo, que dice: «Deja que caigan tu sudor y tu llanto sobre los surcos, que el riego no se pierde ni para el terreno ni para el alma. El agua es al fin verdor en el sembrado, y las lágrimas son al fin alegría en el corazón. Aunque sufras, espera, espera y trabaja...» Eso ha sido mi vida: esperar trabajando. Y tan contento. ¡Je, je! ¿Que las pe-

nas me daban un golpe aquí? Señalando al corazón. Pues yo otro golpe sobre la tierra. Así me consolaba. «Tú fructificarás», le decía al terruño: «Tú tendrás lo que persigues», me decía á mí mismo. Y trabajaba, y esperaba y me reía... ¡Je, je! Porque la risa no se ha borrado de mi boca ni la esperanza de mi pecho. Esto durante más de medio siglo... ¡Y cuidado si medio siglo tiene días y noches y sudores y lágrimas!..

CARR. ¿Sabes lo que te digo, Lucas?

LUCAS. ¿Qué me dices, hombre?

CARR. Que en tu vida debe haber alguna cosa que nadie sepa.

LUCAS. Sonriendo. No sería imposible.

ANDRÉS. Aunque haya algún secreto, no debe ser cosa mala, porque al tío Lucas, como hombre de bien, no hay otro que le aventaje.

LUCAS. Gracias, don Andrés. Mi secreto y mi vida y todo mi mérito, si tengo alguno, se encierran en una sola palabra: «esperar». Yo he vivido esperando. ¡Je, je! Por eso me llaman ogro, por eso he huído siempre de todo el mundo: para estar solo con mi esperanza, para vivir con ella únicamente, para poder acariciarla mejor.

ANDRÉS. Es usté un hombre incomprensible.

LUCAS. Pues para usté no debía serlo, señor Cura.

ANDRÉS. ¿Por qué?

LUCAS. Porque yo soy ese que usté pinta siempre en sus sermones: el hombre del surco...

ANDRÉS. ¿Se acuerda usté?

LUCAS. Perfectamente. A ver si es esto lo que usté dice: «Los que vivimos labrando el campo, tenemos en los surcos de los sembrados la imagen y la enseñanza de la vida. Los abre el hierro, desgarrando la tierra, como el dolor desgarra á veces nuestras almas, porque en el mundo es necesario sufrir. Se abren rectos, muy rectos, porque recta es la senda del bien, y hay que seguirla sin torcerse. Cae en ellos la semilla y parece que se pierde por el pronto, como muchas veces parece perderse el fruto de las buenas acciones; pero viene la primavera, y el germen, que parecía dormido, rompe en mieses y en espigas, como diciendo al hombre: la buena semilla no se pierde nunca; arrójala en el surco y confía en el porvenir; tarde ó temprano se recoge siempre la cosecha. Creedme, hijos míos: veamos siempre en el surco la imagen de nuestra propia vida; procuremos seguirlo sin torcernos; echemos en él la semilla... y confiemos en Dios y en el porvenir.» ¿No es esto lo que usté dice?

ANDRÉS. Justamente.

LUCAS. Pues eso es lo que yo hago.
ANDRÉS. Usté lo hace y lo dice mejor que yo. ¡Caramba, tío Lucas, qué bien hubiera usté predicado, si fuera Cura! De usté no diría el señor Obispo que no tiene unción evangélica.
CARR. Vaya, yo me voy, que va siendo tarde y no conviene andar de noche con tanto dinero encima.
LUCAS. Adiós, Carrillo.
CARR. Avisaré al Notario, á ver si en tres ó cuatro días puede firmarse la escritura.
LUCAS. No corre prisa.
CARR. Que disfrutes muchos años el huerto, querido Lucas.
LUCAS. Muchos no podrán ser ya. Con que sean dos ó tres me contento. Vase *Carrillo.*

ESCENA VII

El Tío LUCAS y DON ANDRÉS.

ANDRÉS. Me alegro de que se vaya Carrillo.
LUCAS. ¿Por qué?
ANDRÉS. Porque en todo lo que pasa hay algo misterioso que me tiene usté que descubrir.
LUCAS. Maliciosamente. ¿Esas curiosidades tenemos?
ANDRÉS. Usté no había pensado jamás en comprar ese huerto.
LUCAS. Eso es lo que usté no sabe.
ANDRÉS. Usté no había hablado nunca de que le gustara la vida sin trabajar. Yo le oí decir muchas veces que se moriría con la azada en la mano.
LUCAS. Pues he cambiado de opinión.
ANDRÉS. Usté no ha puesto una sola vez, antes de ahora, los pies en esta casa, ni es amigo de la señá Dolores.
LUCAS. Lo fuí en otro tiempo.
ANDRÉS. Diga usté lo que quiera, todo esto es muy extraño.
LUCAS. Tampoco le digo á usté que no lo sea.
ANDRÉS. ¡Ah! ¿Con que confiesa?..
LUCAS. ¡Je, je! ¿Por qué no? Y confesaría del todo, si me atreviera. Precisamente tengo unas ganas de desembuchar...
ANDRÉS. ¿Si se atreviera?.. ¿Es algo malo?
LUCAS. A mí no me lo parece; pero...
ANDRÉS. Cada vez me pica usté más la curiosidad. ¿De qué se trata?
LUCAS. ¿Quiere usté saberlo?
ANDRÉS. Sí.
LUCAS. Pues allá va, puesto que se empeña. Se acerca á él, y de pronto se detiene, como arrepentido de lo que iba á hacer. Pero no, no me atrevo... ¡no me atrevo!

ANDRÉS. ¡Y vuelta con que no se atreve! ¿Porqué, hombre de Dios?
LUCAS. Porque se va usté á reir de mí.
ANDRÉS. ¿A reirme?.. ¡Ea, desembuche usté de una vez!
LUCAS. Bueno, pero... ¡al oído!.. que nadie se entere...
ANDRÉS. Lo que es aquí, como no sean los pájaros...
LUCAS. Pues ni los pájaros... Usté solo... ¡Es el secreto de toda mi vida!
ANDRÉS. Impaciente. ¡Acabemos! El *tío Lucas* se acerca á *don Andrés* y le habla al oído. Este manifiesta sorpresa primero y asombro después, mientras le habla el *tío Lucas*. ¡Eh!.. ¿Qué está usté diciendo?.. ¿Es posible?.. Nunca lo hubiera creído. Echándose á reir. ¡Jesús, Jesús; qué atrocidad!
LUCAS. ¿Ve usté cómo se ríe, señor Cura?
ANDRÉS. Perdóneme usté, tío Lucas; pero me he quedado con la boca abierta.
LUCAS. Y se reirán todos cuando lo sepan, todos... ¡menos yo!
ANDRÉS. ¿Y dice usté que está decidido? ¿Que ha de ser hoy mismo?..
LUCAS. Hoy mismo, en este instante... No paso de hoy.
PETR. Desde dentro. Aquí está la rueca, señá Dolores.
ANDRÉS. ¡La voz de Petrilla!
DOLOR. También desde dentro. Ven, hija mía; llévame hasta la puerta.
ANDRÉS. Van á salir.
LUCAS. Pues que no me vean. Me ocultaré hasta que se vaya la chica.
ANDRÉS. Riéndose. ¡Pobre tío Lucas! Usté ha perdido los papeles...

Vanse el *tío Lucas* y *don Andrés*. Empieza á anochecer. Aparece en la puerta de la casa la *señá Dolores* apoyada en *Petrilla*.

ESCENA VIII

LA SEÑÁ DOLORES, PETRILLA y el TÍO LUCAS, oculto.

Petrilla trae la rueca, que entrega á la *señá Dolores*. Esta se pone á hilar, así que *Petrilla* la deja sentada en el banco que habrá á la puerta.

DOLOR. Despacio, despacito; que mis ochenta años pesan mucho y el reúma más.
PETR. Pero si está usté muy fuerte todavía.
DOLOR. Sonriéndose. Sí, como un roble.
PETR. Y muy guapa.
DOLOR. ¡Chiquilla!
PETR. Da gusto verla con ese pelo blanco.
DOLOR. ¡Zalamera! Vaya, dame la rueca, y á ver si mañana viene bien esa multiplicación.
PETR. Sí, señora; vendrá perfectamente.

DOLOR. Y á ser muy buena en casa.
PETR. Buenísima.
DOLOR. A querer mucho al abuelito.
PETR. Ya le quiero una barbaridad.
DOLOR. A cuidarlo mucho, que está viejo y lo necesita.
PETR. No crea usté que está tan viejo. Es muy fuerte.
DOLOR. ¡Pobre Lucas! Quien lo conoció como yo lo conocí...
PETR. ¿Fueron ustedes amigos alguna vez?
DOLOR. ¡Ya lo creo! Hace muchos años.
PETR. Es raro.
DOLOR. ¿Por qué?
PETR. Porque él no me habla de usté nunca.
DOLOR. Se habrá olvidado de mí. Es natural. Anda, vete ya; no vayas á hacerle esperar para la cena.
PETR. Nunca cenamos hasta más tarde.
DOLOR. No importa. Ve.
PETR. Como usté mande. Pero hoy no estoy castigada, ¿verdad?
DOLOR. ¡Qué has de estarlo!
PETR. Lo digo porque como no me da usté un beso...
DOLOR. Besándola. Y mil que quieras.
PETR. ¿Ve usté? Con esto sólo ya me voy tan contenta. Adiós, y hasta mañana, señá Dolores.
DOLOR. Adiós, adiós; diablillo. Hasta mañana.

Vase *Petrilla*. La *señá Dolores* se queda sola un momento, y aparece *Lucas*, que avanza poco á poco hasta ella, sin ser visto. Ha anochecido por completo, y la luz de la luna alumbra la escena.

ESCENA IX

LA SEÑÁ DOLORES y el TÍO LUCAS.

LUCAS. Dios te guarde, Dolores.
DOLOR. ¡Lucas!.. ¡Jesús, qué susto me he llevado!
LUCAS. ¡Je, je! ¿Te asusta mi presencia?
DOLOR. No, hombre; pero como hace tanto tiempo que no te acercas á mí, y ahora, de improviso, te presentas así, como una aparición...
LUCAS. Tal vez lo sea. La aparición de lo pasado, que vuelve.
DOLOR. Siéntate, Lucas, siéntate. Gracias á Dios que te dignas hablar con esta pobre vieja.
LUCAS. ¿Pues he dejado de hablar contigo un solo día de mi vida?
DOLOR. Con asombro. ¿Tú?
LUCAS. Todos ellos, hace bastantes años, he pasado por delante de tu ventana y te he dicho al pasar: «Buenas tardes, Dolores.»
DOLOR. Sonriendo. Convengamos en que no es mucho.

LUCAS. Ni poco. Tú no sabes todo lo que eso quería decir.

DOLOR. Sin embargo, lo que se entiende por hablar contigo, yo creo que no hablo desde... Sabe Dios cuánto tiempo hará...

LUCAS. ¡Je, je! Una friolera. Sesenta y un años, dos meses y seis días.

DOLOR. Sorprendida. ¿Has llevado la cuenta?

LUCAS. Al minuto. Como que desde que aquella conversación quedó interrumpida no he pensado en otra cosa que en reanudarla. Y á eso vengo.

DOLOR. Cada vez con mayor sorpresa. ¿Te has vuelto loco?

LUCAS. Figúrate que estamos en la Cruz del Camino. Allí fué. Figúrate que yo me voy mañana á unirme á mi Regimiento y que vengo á despedirme de ti. Traigo mi pantalón de uniforme y mi gorrilla de cuartel. Y figúrate, en fin, que tú me esperas con un vestido blanco, un pañuelo azul sobre los hombros, y una rosa en el cabello...

DOLOR. ¿Te acuerdas hasta de la rosa?

LUCAS. ¿Pues no he de acordarme, si la llevo siempre conmigo?

DOLOR. Con asombro. ¿Es posible?

LUCAS. Sacando un papel. Mira... Retirando el papel cuando la *señá Dolores* va á tocarlo. No la toques, que está muy delicada la pobre viejecita.

DOLOR. Echándose á reir á carcajadas. ¡Ja, ja, ja! ¿Cómo quieres Lucas, que viéndote á ti y viéndome á mí misma, me figure esas cosas? No es tan fácil evocar el recuerdo de dos mozos, casi de dos niños, en presencia de un viejo y de una vieja, que salen á la calle con permiso del sepulturero.

LUCAS. Todo es forzar un poco la imaginación.

DOLOR. ¿Para qué? Hablemos de nuestras presentes tristezas, y no de nuestras lejanas alegrías. La juventud y la felicidad pasan y no vuelven.

LUCAS. Sin embargo, las cuentas son cuentas, y yo tengo que darte la mía.

DOLOR. Sin comprenderlo. ¿Tú?

LUCAS. Al despedirme de ti, hace sesenta y un años, en la Cruz del Camino, te hice una promesa: debes recordarla.

DOLOR. Pero, Lucas, ¿estás empecatado? ¿A qué viene hablar ahora de esas cosas?

LUCAS. Te dije, dándote un beso en la frente: «Te querré hasta el último día de mi vida.»

DOLOR. ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Y se te ocurre venir ahora á recordarlo?

LUCAS. *Con sencillez.* Cuando puedo. He esperado á que seas libre, y aun he dejado pasar tu primer año de viudez. ¡Je, je! Yo sé esperar.

DOLOR. *Mirando á todos lados.* Gracias á que la noche va cerrando, y no hay nadie por aquí.

LUCAS. ¿Por qué dices eso?

DOLOR. Porque si alguien nos viera ó nos oyera, ya tendría para reirse un rato. Dios me perdone; pero creo que me estás haciendo el amor.

LUCAS. ¡Quién sabe!..

DOLOR. ¡Ja, ja, ja, ja! Un galán de más de ochenta años, á una dama de la misma edad!.. ¡Más de siglo y medio entre los dos!.. Lucas: tú no estás sereno.

LUCAS. Yo no te digo que estemos en la primera juventud; pero...

DOLOR. Mira, Lucas... *Va á hacer un movimiento y lanza un grito.* ¡Ay!

LUCAS. ¿Qué te pasa?

DOLOR. El reúma, que no me deja moverme. Hoy estoy baldada. ¡Buen día has ido á escoger para recordarme aquellos tiempos! Hablemos seriamente.

LUCAS. Seriamente he venido á hablarte.

DOLOR. ¿Para qué?

LUCAS. Para decirte que he cumplido mi promesa, que te he querido siempre.

DOLOR. ¡Vaya, vaya! Tú estás de broma. Habrá que seguirte el humor.

LUCAS. Pero ¿te extraña lo que te digo?

DOLOR. ¿No ha de extrañarme, hombre?

LUCAS. Pues no sé por qué. Te lo he venido diciendo todos los días.

DOLOR. *Con sorpresa.* ¿A mí?

LUCAS. Del modo que podía decírtelo sin ofenderte; con esas «buenas tardes» de que hablábamos hace poco. Tú te casaste. No te culpo. Sé que no lo pudiste evitar. Yo no quería acercarme á ti, porque el corazón se me hubiera salido por la boca contra mi voluntad. Tampoco quería dejar de verte y que creyeras qne te olvidaba. Entonces discurrí ese medio que lo conciliaba todo: pasar diariamente por delante de tu ventana, y decirte al pasar: «Buenas tardes, Dolores.» Y así lo he hecho durante sesenta y un años. Primero te veía joven y hermosa, al lado de aquel hombre á quien tanto envidiaba. «Buenas tardes», te decía, y continuaba mi camino. Después te vi con tu hijo en los brazos, disfrutando de la única felicidad completa que has gozado en el mundo. «Buenas tardes», seguía yo diciéndote al pasar. Luego empezó el declinar de la

juventud y de la hermosura. Vinieron las penas, el olvido de tu esposo, los quebrantos de fortuna. Todo cambiaba junto á ti, todo menos yo, que seguía saludándote, diciendo: «Buenas tardes, Dolores.» Y continuó el correr de los años, y de aquella moza garrida del pañuelo azul y la flor en los cabellos no quedó más que una pobre anciana, enfermera de un hombre imposibilitado. Junto á su sillón te veía un día y otro día al pasar, y, sin embargo, yo seguía pasando y diciéndote: «Buedas tardes», ó lo que es lo mismo: «Vivo, te amo, espero.» Eso significaba mi saludo: el lazo invisible que me unía á ti y que no he roto jamás. Ahí tienes por qué afirmaba antes que no he dejado nunca de decirte que te quiero; ahí tienes porqué pasaba todos los días por delante de tu ventana, y te decía al pasar: «Buenas tardes, Dolores.»

DOLOR. Lucas, mi pobre Lucas: yo creo que tú tienes una venda ante la vista. Te haces la ilusión de que yo soy todavía la del pañuelo azul, y no ves que estás hablando con una anciana, y enferma por añadidura. Abre los ojos... ¡mira!..

LUCAS. ¡Je, je! Si eso que me dices tú me lo he dicho yo mil veces. «El tiempo me curará de este amor. Cuando se pase su hermosura dejaré de quererla.» «Es que el otoño es muy hermoso todavía, pensaba yo: esperemos al invierno...» Y vino el invierno... nevó... fuiste vieja, y yo, que en eso había puesto toda mi esperanza — ¡je, je! — , vi con asombro que de vieja te quería más que de joven. Dos hojas de una misma rama, que juntas son verdes y se secan juntas, esas caen siempre en el mismo surco y van á quemarse á la misma hoguera.

DOLOR. Conmovida, á su pesar. No me hagas llorar, Lucas; no tengas mal corazón.

LUCAS. ¿Yo?

DOLOR. Sí; todavía no me he convencido de que pueda ser cierto lo que me dices; pero bromas ó veras, me suena muy dulcemente en los oídos, y á mis años no conviene soñar. El despertar es luego muy triste.

LUCAS. Pero ¿dudas de que es cierto mi amor?

DOLOR. ¿Pues no he de dudarlo? Sólo oir esa palabra en tus labios me mueve á risa. ¡Ja, ¡a! Vuelvo á decírtelo. Mírame bien y mírate á ti mismo. El amor reclama juventud, vida... es decir lo que á nosotros nos falta. La moza y el soldado de la Cruz del Camino murieron y no pueden resucitar. Por eso lloraba hace poco, porque lo imposible tiene un encanto muy grande, y oyéndote me parecía que pasaba sobre nosotros una

ráfaga de juventud, que volvía aquel tiempo... ¡Ja, ja! Casi me vi de nuevo con el vestido blanco y la rosa en la cabeza. La ráfaga se llevó consigo el reúma, la soledad, mis desdichas, y volví á ser joven, volví á ser dichosa, volví á sentir frescura en el alma... ¡Hacía tanto tiempo que no la sentía!.. ¡Ja, ja, ja! Me río porque hace falta haber perdido la razón para decir estas cosas, para pensarlas siquiera... Aunque, en realidad, yo no sé si me río ó si lloro. Creo que las dos cosas á la vez. No sé lo que siento... Sé que te debo un instante de felicidad... Gracias, Lucas... ¡Muchas gracias!

LUCAS. Con amor. ¡Dolores mía!

DOLOR. Serenándose. Y ahora, volvamos á la razón. Despertemos, que bastante hemos soñado. Petrilla debe esperarte para cenar. Vete.

LUCAS. ¿Que me vaya? Pero si aún no te he dicho lo que venía á decirte.

DOLOR. ¿Te parece que hemos hablado poco?

LUCAS. Falta lo principal. La pregunta que se desprende de todo ello.

DOLOR. ¿Una pregunta?

LUCAS. Ya puedo hacértela, puesto que llevas un año de viudez. ¿Cuándo nos casamos?

DOLOR. Con vivo asombro. ¡Lucas!..

LUCAS. Responde.

DOLOR. ¡Jesús! ¡Dios mío! Tú has perdido el juicio.

LUCAS. ¿Por qué?

DOLOR. Créeme: no estás en caja. Serénate.

LUCAS. ¿Y no me contestas á la pregunta?

DOLOR. Pero si no es posible que la hayas hecho con formalidad... ¿Casarnos nosotros?.. ¿Casarnos... ahora?

LUCAS. No ha podido ser antes.

DOLOR. ¿No comprendes que seríamos la irrisión del pueblo?

LUCAS. ¡Bah! Con no vivir en él...

DOLOR. ¿Cómo?

LUCAS. Bajando la voz. Yo sé que tú no te has consolado nunca de que tu marido vendiera la huerta de los Alamillos, donde solías vivir cuando joven...

DOLOR. Sin entender la intención. ¿Qué dices?

LUCAS. ¡Que yo he derramado mucho sudor sobre la tierra! ¡He trabajado mucho, pensando en ti, y tengo mis ahorrillos!..

DOLOR. No te comprendo.

LUCAS. El huerto de los Alamillos es tuyo otra vez. Hace media hora acabo de comprarlo.

DOLOR. Muy conmovida. ¡Lucas!..

LUCAS. Allí acabaremos nuestra vida siendo dichosos. Dime que aceptas... ¡Dímelo!..

DOLOR. Llorando. Basta, basta, por Dios. Este pobre corazón está muy cansado y resiste mal las emociones. Déjame.

LUCAS. ¿Qué tienes?

DOLOR. No lo sé. Yo misma no sabría explicar si sufro ó si gozo. Sé que no puedo más. Te lo suplico. Déjame ahora.

LUCAS. Con una condición.

DOLOR. ¿Cuál?

LUCAS. Que nos veremos todos los días.

DOLOR. Sí.

LUCAS. Que me permitirás que insista.

DOLOR. Bien.

LUCAS. Te obedezco entonces: me voy; pero antes...

DOLOR. ¿Qué más deseas?

LUCAS. Vacilando. La última vez que nos vimos...—recuérdalo,—te di un beso en la frente...

DOLOR. ¿Eh?

LUCAS. Con temor y ternura. Déjame darte otro hoy.

DOLOR. Lucas, por Dios...

LUCAS. Suplicante. En la frente...

DOLOR. Después de vacilar. Haz lo que quieras, pobre viejo. Después de todo, á nuestra edad no puede ser eso un gran pecado.

LUCAS. Gracias. Es la compensación de sesenta y un años de esperar. Viendo que la *señá Dolores* lo rechaza con dulzura. Te digo que en la frente... como entonces... La besa.

DOLOR. Tú me lo has dado en la frente; yo lo he sentido en el corazón.

LUCAS. Muy alegre. Hasta mañana, ¿verdad?

DOLOR. Sí, hasta mañana. Buenas noches, mi pobre Lucas.

LUCAS. Buenas noches, viejecita mía, buenas noches...

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala de la casa de la SEÑÁ DOLORES.

ESCENA PRIMERA

PETRILLA y PERICO.

PERICO. Te digo que no puede ser.

PETR. Y yo te digo que lo he visto con mis ojos.

PERICO. Pero ¿donde habían de ir á esas horas?

PETR. Tomaron por el atajo, hacia el huerto de los Alamillos.

PERICO. Ni que se hubieran vuelto locos.

PETR. Loco parece que está mi abuelito hace algunos días.

PERICO. Lo que es por eso, la señá Dolores también parece que es otra. Y se lo debe al tío Lucas.

PETR. ¿Tú has visto cosa más rara?—Antes no se hablaban ni se veían nunca, y ahora...

PERICO. Ahora tienen que estar juntos todo el día.

PETR. Todo el día y parte de la noche. Ya ves lo que te he contado...

PERICO. Y eso ¿fué ayer?

PETR. Anoche, después de las once. Yo había notado que el abuelito estaba muy impaciente. No hacía más que pedirme la cena, desde mucho antes de anochecer.—Todavía no podemos cenar, abuelito, le decía yo; las patatas van á estar duras como piedras.—Pues aunque lo estén; sácalas ahora mismo. Y tuve que sacarlas. Por supuesto, que así estaban ellas...

PERICO. Pues mira que para los dientes del tío Lucas...

PETR. Si no las probó siquiera. Lo que él quería era que yo me acostase pronto. No hubo conversación, ni historias, ni nada. Apenas hicimos como que comíamos aquellos pedruscos—porque no eran patatas, sino guijarros—me dijo:—A la cama.—Pero, abuelito, si es muy temprano; no tengo sueño.—¡A la cama, en este momento!, volvió á decir. Se ha vuelto ahora muy voluntarioso. Y tuve que irme á la cama, casi de día.

PERICO. También es capricho...
PETR. Como era indudable que algo raro le pasaba, y como yo no tenía pizca de sueño, me puse á mirar por la rendija de la puerta, y vi que, apenas me creyó dormida—yo hice como que roncaba, para engañarlo—se levantó muy despacito, y entró en su cuarto y sacó sus dos almohadas, y con ellas y un sillón roto que hay en la cocina, se puso á hacer un aparejo, una especie de jamuga, que amarró al albardón...
PERICO. Sí ¿eh?
PETR. Tardó un siglo en la faena, porque todo se le volvía apretar la cuerda, y tirar, y probar el aparejo, para ver si estaba fuerte. Una vez se cayó y por poco se mata.
PERICO. ¿De veras?
PETR. Cuando lo tuvo bien arreglado, se salió muy callandito, y se fué al corral. Yo, detrás de él, sin hacer ruido...
PERICO. ¿Y entonces?..
PETR. Entonces despertó al pobre Salomón, que estaba dormido como un tronco. Empezó á tirarle del rabo, hasta que lo levantó.
PERICO. ¿Y le puso las jamugas?..
PETR. Naturalmente. Y se fué con él por la puerta de la era. Yo me volví á mi cuarto, pero... ¡que había de dormirme!.. No hacía más que pensar en lo que había visto. ¿Dónde podía ir el abuelito á esas horas, con Salomón aparejado de esa manera?
PERICO. ¿Y te asomaste al balcón?
PETR. Como hacía una noche de luna tan clara, me estuve en él mucho rato, esperando á que me entrase el sueño. Ya estaba pensando en volverme á la cama, cuando los vi pasar.
PERICO. ¿Tú estás segura de que eran ellos?
PETR. Los ví tan bien como te veò á ti en este momento. El abuelito iba delante, tirando del ronzal de Salomón, que parecía que andaba de mala gana, y la señá Dolores montada en él, muy repantigada en su sillón. ¿Tú has visto en la Iglesia el cuadro de la huída á Egipto? Pues eso parecía.
PERICO. ¿Y tomaron por el atajo, hacia el huerto?
PETR. ¿Dónde podían ir más que á los Alamillos por ese camino?
PERICO. Como el tío Lucas ha comprado la finca, y á ella le gusta tanto, querría que la viese.
PETR. ¡Pues vaya una hora que fué á escoger para enseñársela.
PERICO. No querrían que los descubriesen. ¿Tú no te has

fijado en que se ocultan para hablarse? Ahora mismo estaban cuchicheando en la cocina; entré yo, y se callaron como muertos.

PETR. ¿Si será verdad lo que decía ayer la tía Micaela?

PERICO. ¿Qué decía?

PETR. ¿A que no te lo figuras? ¡Ja, ja, ja!

PERICO. ¿Cómo he de figurármelo?

PETR. Pues decía — ¡ja, ja, ja! — que la señá Dolores y mi abuelito eran novios.

PERICO. ¿De veras? ¡Ja, ja, ja, ja!

PETR. ¿Tú has oído disparate igual?

PERICO. ¡Con más de ochenta años cada uno!.. Tendría que ver.

PETR. Es que si no fuera por eso yo diría que es verdad, porque siempre se están hablando bajito, como los novios.

PERICO. Tienes razón. ¡Ja, ja!

PETR. Y decía más la tía Micaela: decía que iban á casarse, y que el señor Cura lo sabía, y que hasta había dicho las amonestaciones.

PERICO. ¡Calla!.. Pues ahora me haces pensar en que el domingo en la misa no había quien entendiera á don Andrés cuando leyó aquellos papeles. Parecía que tenía pelos en la lengua. ¿Si sería?..

PETR. Puede ser.

PERICO. ¡Ja, ja, ja! ¡Casarse la señá Dolores y el tío Lucas!..

PETR. ¡Tan viejecitos!..

PERICO. ¡Tan arrugaditos!..

PETR. Estarían muy graciosos... ¿no es verdad?

PERICO. Muy graciosos... Pero si eso no puede ser.

PETR. ¿Por qué?

PERICO. Porque habrían perdido el juicio.

PETR. *Acercándose á una puerta y mirando por ella.* Pues deben haberlo perdido, porque mira cómo están...

PERICO. *Mirando también.* Se tienen cogidas las manos...

PETR. Y se hablan al oído como los novios, propiamente como los novios...

PERICO. Dices bien.

PETR. ¡Ja, ja, ja! A mí me da gusto verlos.

PERICO. Y á mí también. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA II

DICHOS y DON ANDRÉS.

ANDRÉS. *Viendo á Petrilla y Perico observar desde la puerta.* ¡Los sorprenden!.. Los sorprenden de seguro. *Alto.* ¿Qué es esto de atisbar por las puertas?

PERICO. Volviéndose rápidamente. El señor Cura.
PETR. Bajo á *Perico*. (Este lo sabe.)
ANDRÉS. ¡Largo de aquí! A *Perico*. Tú, á regar las patatas.
PERICO. Ya las regué esta mañana
ANDRÉS. A *Petrilla*. Y tú, á preparar la comida de tu abuelo.
PETR. Pero si ya comió hace dos horas...
ANDRÉS. Bueno, pues la cena. Lo mismo da.
PETR. ¡Jesús, qué mal genio va usted echando, señor Cura!
ANDRÉS. Idos con la música á otra parte.
PERICO. Bajo á *Petrilla*. (Quiere echarnos.)
PETR. Lo mismo á *Perico*. (Ciertos son los toros.)
PERICO. Diga usted, señor Cura: ¿será verdad lo que se dice por el pueblo?..
ANDRÉS. ¿Qué se dice?
PETR. Con rapidez á *Perico*. (Así no, hombre; con disimulo.)
PERICO. Turbado. Pues se dice...
PETR. Con viveza. Se dice que ahora se casa muy poca gente.
ANDRÉS. ¿Eh?
PETR. Y es un dolor que haya tan pocos matrimonios, porque las bodas son muy divertidas.
ANDRÉS. Decís muchas tonterías. ¡Ea! Se acabó. ¡Fuera de aquí!
PETR. Con malicia. ¡Qué prisa tiene usté porque nos vayamos!..
PERICO. Ahora está siempre con prisas don Andrés. También con malicia. El otro día, cuando leyó en la misa esas cosas de los domingos, parecía que volaba.
ANDRÉS. Para sí. (Lo han notado.)
PETR. Diga usté: señor Cura, ¿desde qué edad pueden casarse las personas?
ANDRÉS. Para sí. (Lo saben.) Alto. ¿Qué te importa á ti eso? Tú no irás á casarte...
PETR. Yo no; pero decía el otro día Juanilla, la del tío Sebastián, que á los que son muy jóvenes no los casan.
ANDRÉS. Naturalmente. A los recién nacidos...
PETR. Es que ella decía además que á los que son muy viejos tampoco. ¿Es verdad?
ANDRÉS. Te vas haciendo muy preguntona.
PETR. Si no soy yo; si es Juanilla.
ANDRÉS. Amoscado. Bueno: pues dile á Juanilla que cada cual puede casarse á la edad que se le antoja, porque Dios no le pregunta á nadie los años que tiene cuando va á pedirle que bendiga su amor. ¿Estás enterada?
PETR. Y conforme con lo que usté dice.
ANDRÉS. Con ironía. Pero si yo no te lo digo á ti; se lo digo á Juanilla, á la curiosa de la Juanilla, que dentro de poco tendrá novio, probablemente, y se pondrá tan hueca, creyendo que sólo ella tiene derecho á querer

y á que la quieran. ¡Qué bien me voy yo á reir entonces de ti... es decir, de la Juanilla, de la que ahora se ríe sólo de pensar que dos viejecitos puedan quererse! Porque esa simple, después del primer novio, tendrá otro, y luego otro, y otro luego... Mucha llama y poca duración. ¡La hoguera!.. Mientras que los viejos seguirán queriéndose más cada vez... ¡El rescoldo!.. Pon juntos á dos pajarillos nuevos en una jaula. Estarán muy contentos, cantarán constantemente; pero si se muere uno, el otro seguirá alegre, seguirá cantando, deseará un nuevo compañero. Aquello era sólo la apariencia del cariño. Pon á dos pájaros viejos, á los que juntos anidaron y vivieron siempre juntos entre los mismos hierros. ¿Se muere uno? Pues se muere el otro en seguida. ¡Esos se querían de verdad!

PERICO. Lo cual quiere decir que la señá Dolores y el tío Lucas se quieren.

ANDRÉS. *Con viveza.* ¡Yo no he dicho semejante cosa!

PETR. Y que usté va á casarlos muy pronto.

ANDRÉS. Eso menos todavía.

PETR. *A Perico.* ¿Ves cómo canta?

ANDRÉS. ¡Qué canto, ni qué niño muerto! ¡Fuera de aquí!

PERICO. Ya nos vamos.

ANDRÉS. Y cuidado cómo habláis con nadie de estas cosas.

PETR. ¿No quiere usté que descubramos el secreto?

ANDRÉS. Aquí no hay secreto ninguno.

PETR. Usté no sabe mentir, señor Cura. Se descubre al momento.

ANDRÉS. ¡Ea! ¡Largo! ¡Largo!

Vanse Petrilla y Perico.

ESCENA III

DON ANDRÉS; después, CARRILLO.

ANDRÉS. Dice bien Petrilla. Miento muy mal. Y el caso es que la noticia va extendiéndose por el pueblo; que todo el mundo me pregunta, y que me veo en un compromiso cada cinco minutos. Y ellos... por un lado que les guarde el secreto, por otro que lo disponga todo para la boda... ¿Quién los entiende?

CARR. *Entrando.* ¿Está Lucas?

ANDRÉS. Sí... Creo que sí.

CARR. Vengo á decirle que ha llegado el Notario, y que dentro de un rato firmaremos la escritura de la compra del huerto.

ANDRÉS. Muy bien.

CARR. Lo trae todo casi hecho. Sólo falta algún pormenor que Lucas tiene que decir. Haciendo ademán de irse. Estará en la cocina, ¿verdad?
ANDRÉS. Deteniéndole. No sé. Lo llamaremos. ¡Tío Lucas!
CARR. Deje usté. Yo iré á buscarle.
ANDRÉS. Cerrándole el paso. No... ¡eso no! Llamando. ¡Tío Lucas!
CARR. Pero ¿qué le importa á usté que entre?
ANDRÉS. No quiero que se moleste. (Va á descubrirlos.)
CARR. Con extrañeza. ¿Molestia?..
ANDRÉS. Llamando más fuerte. ¡Tío Lucas!.. Pero ¿viene usté, hombre de Dios?..

ESCENA IV

DICHOS y el TÍO LUCAS.

LUCAS. Apareciendo. Aquí estoy, señor Cura. ¿Qué se ofrece?
ANDRÉS. Era Carrillo, que venía preguntando por usté. En voz baja. No hacen ustedes más que imprudencias.
LUCAS. Bajo á *don Andrés*. ¡Jé, jé! Cosas de la edad.
CARR. Por fin llegó el Notario. Necesita tu cédula de vecindad, y dice que dentro de una hora firmaremos.
LUCAS. ¿Necesitará el documento para poner el nombre del comprador de la finca?
CARR. Naturalmente.
LUCAS. Pues dile que lo deje en blanco.
CARR. Sorprendido. ¿En blanco?
LUCAS. Hasta luego. Cuando firmemos se llenará.
CARR. ¡Vaya un capricho!
LUCAS. Eso se hace en seguida. En voz baja á *don Andrés*. Quiero ponerlo á nombre de Dolores.
ANDRÉS. Y descubrirá todo el mundo...
LUCAS. ¡Jé, jé! Alguna vez va á haber que descubrirlo.
CARR. Bueno: pues voy á decírselo á ese hombre.
ANDRÉS. ¿Está en la posada?
CARR. No, en mi casa. Y por cierto que me ha preguntado mucho por usté, señor Cura.
ANDRÉS. Voy á saludarlo.
CARR. Venga usté conmigo. Al *tío Lucas*. Ya vendré á buscarte cuando esté eso terminado.
LUCAS. Perfectamente.
CARR. Hasta luego.

Vanse *don Andrés* y *Carrillo*.

ESCENA V

El TÍO LUCAS y la SEÑÁ DOLORES.

LUCAS. Acercándose a la puerta por donde entró y llamando desde ella. ¡Dolores! ¡Dolores! Ven. Ya se han ido.

DOLOR. *Entrando.* ¡Ay, Lucas!.. ¿Por qué hemos de estar siempre ocultándonos de todos como si fuéramos criminales?
LUCAS. Para que no turben nuestra felicidad.
DOLOR. O para que no se rían de ella.
LUCAS. ¿Reirse? ¿Y qué nos importa á nosotros que se rían? Nosotros, aun con estas arrugas, tenemos mucho de jóvenes todavía.
DOLOR. *Riéndose.* ¿Nosotros?.. ¡Lucas, por Dios, no digas desatinos!
LUCAS. Sí, nosotros... no te rías... Nosotros, con estas cabezas blancas y estos cuerpos encorvados, conservamos por dentro la juventud. Cierto que ya no podemos llevar ni el pañuelo azul ni la gorrilla de cuartel, pero llevamos aún las almas sanas, vigorosas, alegres... y almas que rebosan amor y esperanza pueden lucirse sin rubor, porque van bien compuestas... ¡llevan el traje de los domingos!
DOLOR. Entonces, ¿por qué quisiste que fuéramos anoche, sin que nadie nos viera, al huerto de los Alamillos?
LUCAS. Porque tú te empeñaste.
DOLOR. Si fuiste tú quien me lo propuso...
LUCAS. ¿Te pesa?
DOLOR. *Con sinceridad y ternura.* No, viejo mío.
LUCAS. ¡Je, je! Fué una calaverada.
DOLOR. ¡Mira que salir yo de casa á esas horas!..
LUCAS. ¡Y montada en tu gran borrico!..
DOLOR. Debí matarme.
LUCAS. No, mujer: si Salomón es muy buena persona. Retozaba de envidia de vernos. ¡Se sintió él joven también!
DOLOR. ¡Qué gozo me dió entrar de nuevo en mi huerto!.. Es decir: en el tuyo...
LUCAS. Mío, porque tú quieres que lo sea. Quien lo compra eres tú.
DOLOR. No... ¡eso no!
LUCAS. *Aparte.* Ahora es el momento de decidirse. ¿Cuándo nos casamos? ¿Mañana?
DOLOR. No, no... espera... espera todavía...
LUCAS. ¿Para qué esperar más?
DOLOR. No sé... todo me asusta. Mi hijo...
LUCAS. A tu hijo ya le has escrito tu resolución.
DOLOR. Que no sabemos lo que le parecerá.
LUCAS. ¿Cómo ha de parecerle? Bien. El debe desear que su madre sea dichosa.
DOLOR. ¡Ay, Lucas!.. ¡qué horrible lucha sostengo!..

Aparece *Petrilla*, que se va acercando poco á poco á la *señá Dolores* y al *tío Lucas*, sin ser vista por ellos.

LUCAS. ¿Sabes cuál es el modo de acabar con ella?
DOLOR. ¿Cuál?
LUCAS. Resolverte ahora mismo. El señor Cura lo tiene todo arreglado. Con que tú digas «mañana», «ahora», él nos echa la bendición, y en paz. Es cuestión de un arranque. Vamos, decídete, Dolores mía...

ESCENA VI

DICHOS y PETRILLA.

PETR. Imitando el tono del *tío Lucas*. Vamos, decídase usté, señá Dolores...
DOLOR. Viéndola. ¡Petrilla!
LUCAS. ¿Nos has escuchado?
PETR. Desde allí Señalando á la puerta. lo he oído todo. ¡Y me ha gustado mucho!
LUCAS. Está muy mal hecho eso de escuchar desde las puertas.
PETR. Pero si ya lo sabía de antes.
DOLOR. ¿Lo sabías?
PETR. Como lo sabe todo el pueblo.
DOLOR. ¿Eh?
LUCAS. ¿Quién lo ha dicho?
PETR. Ustedes, abuelito; ustedes. Basta con mirarlos para saber que son novios.
DOLOR. ¿Lo ves, Lucas?
LUCAS. A *Petrilla*. ¿Y á ti te parece mal que lo seamos?
PETR. ¿Mal? Todo lo contrario.
DOLOR. ¿Aun siendo tan viejos?
PETR. En la Historia Sagrada, que dimos ayer, había uno que se casaba todavía más viejo que el abuelito. Ya no me acuerdo del nombre...
DOLOR. ¿De modo que no estás celosa?
PETR. Yo no soy egoísta. Pero no hay que ser avaros; no hay que guardar todo el cariño para ustedes nada más; hay que dejar algo para mí.
DOLOR. Algo, no; mucho. Ven á que te abrace.
PETR. ¿A mí sola?
DOLOR. ¿No quieres?
PETR. Señalando al *tío Lucas*. A mí... y á él, al mismo tiempo.
LUCAS. ¡Eso es!

Petrilla y el *tío Lucas* se acercan á la *señá Dolores*, y los tres forman un grupo, abrazados.

PETR. Así... los tres... ¡los tres juntitos! Y ahora, á casarse pronto. Cuanto antes, mejor.
LUCAS. Ya oyes á Petrilla: es de mi mismo parecer.
PETR. Al *tío Lucas*, con malicia. ¡Buen tunante está usté, abuelito!

LUCAS. ¿Yo? ¿Por qué?
PETR. ¿Quién era el soldado de aquella historia que me contó usté la otra noche?
LUCAS. ¡Ah! ¿Ya has descubierto?..
PETR. *Burlándose.* No; si la cosa es difícil de descubrir...
LUCAS. ¿Y sigues pensando que el final del cuento debe ser que el enamorado se haga ermitaño?
PETR. *Con rapidez.* No, señor; que debe casarse.
LUCAS. ¿Te pasas á mi partido?
PETR. Si usté me hubiese dicho entonces quién era el interesado, hubiera pensado de otro modo.
LUCAS. ¿Por no darme el disgusto?
PETR. Porque usté es un muchacho.
LUCAS. ¡Petrilla!
PETR. He oído muy bien lo que decía usté hace un momento. La juventud está dentro, no fuera. Hay almas que no pasan nunca de los quince años...
LUCAS. ¿Y la mía?..
PETR. La de usté no ha llegado ni á los catorce...
LUCAS. *Acariciándola.* ¡Ah! ¡Pícara!..
DOLOR. *Viéndolo entrar.* El señor Cura...

ESCENA VII

DICHOS y DON ANDRÉS.

ANDRÉS. *Viendo á Petrilla.* ¿Todavía está aquí esta muchacha?
PETR. Ya no tiene usté que echarme, don Andrés. Estoy enterada de todo.
ANDRÉS. ¿Eh?
LUCAS. Nos ha sorprendido.
ANDRÉS. Esto va siendo ya el secreto á voces. Ahora mismo acaban de preguntarme tres personas en la calle cuándo se casan ustedes.
LUCAS. Pues no hay más que una solución.
ANDRÉS. ¿Cuál?
LUCAS. Casarnos al momento.
PETR. *A la señá Dolores.* Tiene razón el abuelito.
LUCAS. Fija el día. ¿Cuándo quieres que sea? ¿Mañana? ¿Pasado?
DOLOR. Si me dejara llevar solamente de mi corazón, diría que ahora mismo.
ANDRÉS. Pues ahora mismo.
DOLOR. ¿Cómo?
ANDRÉS. Yo estoy dispuesto; las amonestaciones están corridas...
PETR. *Riéndose.* Sin que nadie se haya enterado...
ANDRÉS. Con tal de que no se entere tampoco el señor Obispo de esa atrocidad...

LUCAS. A la *señá Dolores*. Ya oyes al señor Cura...
ANDRÉS. Nos vamos á la iglesia, encendemos el altar de la Virgen, y antes de cinco minutos está todo terminado. Yo caso al vuelo.
PETR. Eso está muy bien. No hay que pensarlo más. Vamos, en seguida.
DOLOR. Pero ¿así?..
ANDRES. Señora: ¿le parece á usté que está todavía para perder el tiempo?
PETR. Aunque no fuera más que para ver lo contento que se pondría el abuelito, yo que usté decía: «Vamos andando.»
ANDRÉS. Y lo dirá. Ella lo desea tanto como él. La detiene sólo el temor á las burlas de la gente. Ea, se acabó; este negocio se arregla ahora mismo. ¡Yo lo mando!
DOLOR. Entonces... me rindo.

Explosión de alegría del *tío Lucas* y *Petrilla*, que abrazan á la *señá Dolores*.

PETR. ¡Qué contenta estoy, abuelito!
LUCAS. ¿Pues y yo, diablejo?
ANDRÉS. A estar contento no me gana ninguno.
PETR. Yo bailaría de buena gana.
LUCAS. Y yo también bailaría...
ANDRÉS. Pues bailemos todos...

ESCENA VIII

DICHOS y PERICO.

PERICO. Entrando apresuradamente. ¡Señá Dolores! ¡Señá Dolores!..
DOLOR. ¿Qué sucede?
PERICO. Que Antonio ha llegado. Sorpresa en todos.
LUCAS. ¿Eh?
DOLOR. ¿Mi hijo?
PETR. ¡Vaya un momento en que se le ocurre llegar!
PERICO. Lo vi bajarse de la diligencia.
DOLOR. Pero ¿no le has hablado?
PERICO. ¡Si ha venido conmigo! Mirando por la puerta. No sé qué ha hecho... Viendo á Antonio que aparece. ¡Ah! Miren ustedes. Aquí está.

ESCENA IX

DICHOS y ANTONIO.

ANTON. Corriendo hacia la *seña Dolores*, á la que abraza. ¡Madre!
DOLOR. Con cariño y alegría. ¡Antonio! ¡Hijo mío!.. ¡Cuántos años sin verte! ¡Cómo deseaba abrazarte de nuevo!..

ANTON. Yo también, madre.
DOLOR. Te encuentro lo mismo.
ANTON. Sí; no estoy mal, aunque he hecho un viaje cruel. Gracias á Dios ya sé que llego á tiempo...
DOLOR. Sin comprender su intención. ¿A tiempo?
ANTON. Recibí la carta de usted con retraso, por haber estado ausente de Madrid, y venía temblando...
DOLOR. No te comprendo.
ANTON. Ya me comprenderá usted. Tenemos que hablar mucho y á solas.
ANDRÉS. Haciendo ademán de irse. Entonces, yo...
ANTON. Usted no nos estorba, señor Cura; todo lo contrario.
LUCAS. Como *don Andrés*. Bueno, pues ahí se quedan ustedes.
ANTON. Deteniéndole. Y usted menos, tío Lucas. Su presencia es necesaria.
PETR. A *Perico*. En ese caso, ya sabes los que estorbamos.
PERICO. Nosotros.
PETR. Al irse. Me parece á mí que quien ha venido á estorbar de veras es él.

Vanse *Petrilla* y *Perico*.

ESCENA X

La SEÑÁ DOLORES, el TÍO LUCAS, ANTONIO y DON ANDRÉS.

ANTON. Madre: ahorremos preámbulos inútiles. Cuando recibí su carta creí durante un rato que sólo se trataba de la broma de un mal intencionado...
DOLOR. ¡Antonio!..
ANTON. Tuve que leerla varias veces, que reconocer de un modo inequívoco los rasgos de su letra, para convencerme de que aquello era verdad... ¡una verdad bien triste para mí!
DOLOR. ¿De modo que mi carta te hizo sospechar?..
ANTON. Me hizo sospechar que había usted perdido la razón. Perdóneme, madre, la crudeza con que le hablo. Excúsela el cariño que siempre he sentido por usted. Por lo mismo que toda mi vida la he considerado como una mujer ejemplar y una madre modelo, no podía creer — no creo todavía — que eso pueda ser cierto. ¿Usted casarse, madre? ¿Usted casarse de nuevo, á su edad?
DOLOR. ¡Hijo mío!..
ANTON. ¿Y con quién? ¿Con el tío Lucas?
LUCAS. Picado. Hombre, no creo ser un leproso.
ANTON. Dejo á salvo su honorabilidad: miro á sus años solamente. Por eso he venido. Y Dios sabe la angustia que he sentido durante el viaje, temeroso de que esa

locura se hubiera realizado y no llegar á tiempo de evitarla.

DOLOR. Antonio: me haces daño...

ANTON. Pero, madre: ¿usted ha pensado en lo que iba á hacer? Si eso es ridículo, es grotesco... ¡Usted casarse con el tío Lucas!... Esa boda sería la irrisión de todo el mundo.

LUCAS. ¡Ya pareció aquello!.. El mundo, la gente... Tu madre no te hablaba en la carta de eso: te hablaba de su corazón, de su felicidad...

ANTON. Pero yo debo hablarla de otras cosas. Desde estos rincones de la tierra no se ve ni se sabe lo que hay fuera de ellos. Yo tengo una posición, conquistada á fuerza de constancia y de trabajo, y no puedo consentir que mi madre...

LUCAS. *Con leve ironía.* ¡Ah, vamos!.. Se trata de ti, no de ella.

ANTON. Se trata de todos. Mis aspiraciones...

LUCAS. Ya sé que aspiras á ser no se qué... senador, ó ministro... Por cierto, que no hubiera estado mal que alguna vez hubieras llevado á tu madre á que participara de tus triunfos...

ANTON. Mi madre...

LUCAS. *Interrumpiéndole, siempre con ironía.* Sí, ella está bien para que se sacrifique cuando hace falta; para tener alegrías no es indispensable.

ANTON. Tío Lucas: mi madre tiene deberes...

LUCAS. *Secamente.* Los ha cumplido todos. Hizo de ti, con grandes sacrificios, un hombre de provecho, para que tú la abandonases y no volvieses á pensar en ella. Fué siempre mártir. Pero se conoce que aún le quedaba un deber que cumplir: el de morirse sola, pudiendo ser dichosa, porque no se diga allá, donde tú vives, que la madre de todo un personaje se ha casado, siendo octogenaria, con un pobre patán, octogenario también. A mí eso me parece una monstruosidad. ¡Je, je! Pero tal vez no lo sea. *Volviendo á la ironía.* Los que vivimos en los rincones de la tierra estamos muy atrasados en eso de discurrir con lógica, como vosotros.

DOLOR. Basta, Lucas; basta, por Dios.

ANTON. Dice usted bien, madre. Con él no debo discutir; es el único que no puede estar conforme conmigo. Pero estoy seguro de que don Andrés me da la razón.

ANDRÉS. Hombre, yo...

ANTON. ¿No es verdad, señor Cura?

ANDRÉS. *Después de vacilar.* En mi sentir, no.

ANTON. ¿Eh?

ANDRÉS. Puesto que me lo preguntas, no te lo oculto. Lo que

ella necesita es amor. Nunca lo ha tenido, y ahora, en los últimos años de su existencia, le sale al paso uno muy grande, muy hermoso, risible, sin duda, para los que no son capaces de comprenderlo; para los que sabemos lo que este hombre ha sido, puro, envidiable, santo... Cierto que el camino del sacrificio conduce á Dios, y que no está bien que sea yo quien la aparte de esa senda, que sufriendo se gana el Cielo; pero... Sin poder contenerse. ¡caramba! Aunque luego diga Su Ilustrísima que me falta unción evangélica, tampoco hay que estar siempre mirando al Cielo: ¡alguna vez hay que pensar también en la tierra!

ANTON. Ya veo que estoy solo y entre enemigos, pero venceré sin auxiliares. No hay madre que resista á la voz de un hijo que ruega, y si esa madre es usté, mucho menos.

DOLOR. Antonio...

ANTON. Tal vez tenga razón el tío Lucas—ya ven ustedes que vengo de paz—, tal vez yo haya sido ingrato y me haya olvidado con exceso de usted, discúlpeme lo que he tenido que luchar en la vida; pero no me crea usted tan mal hijo que sospeche que haya venido á exigirle que me sacrifique esa felicidad, real ó ilusoria, con la que soñaba, sin ofrecerle, á cambio, alguna compensación...

LUCAS. Con extrañeza. ¿Compensación?

ANTON. Yo no quiero, madre, que usted se muera sola y sin cariño, como decía el tío Lucas. Precisamente venía acariciando el propósito de redimir mi pasado abandono, del que me acuso.

DOLOR. ¿Qué quieres decirme?

ANTON. Quiero decirla que ya no nos separaremos nunca. Yo tengo una posición en el mundo, y es necesario que usted la comparta, y tengo, además, algo que ha de ser más grato á sus ojos que posiciones y vanidades: tengo un hijo...

DOLOR. Con alegría. ¡Ah!

ANTON. Un hijo, á quien usted no conoce — es otra culpa, de la que debo acusarme—; un hijo que está esperando sus caricias, que las pide, que las reclama, que es muy hermoso...

DOLOR. ¡Antonio! ¡Antonio mío!

ANTON. De su parte vengo, madre; de su parte vengo á decir á usted: «la rama fresca necesita el sostén del tronco viejo». ¿Se atreverá usted á negárselo? ¿Sería usted capaz de no acudir al llamamiento de su nieto?

ANDRÉS. Bajo, al *tío Lucas*. (Nos gana la partida.)

DOLOR. Acercándose á él. Lucas, Lucas: ¿qué debo hacer?

LUCAS. Con gran serenidad, más aparente que real. Lo que quieras, Dolores. Yo no debo interponerme entre tu hijo y tú.
DOLOR. Habla. Haré lo que me digas.
LUCAS. Por lo mismo no digo nada. Se trata de ti, no de mí. Yo he pospuesto siempre mi felicidad á la tuya. No voy á destruir ahora la obra de toda mi vida.

ESCENA XI

DICHOS y CARRILLO.

CARR. Desde la puerta. Lucas: el Notario te está esperando para firmar la escritura.
LUCAS. Dile que voy al momento.
CARR. No tardes, ¿eh?
LUCAS. Ve delante. Ahora mismo te sigo.

Vase *Carrillo.*

DOLOR. ¿Me dejas?
LUCAS. Es cuestión de un minuto. Mientras vuelvo puedes tomar tu resolución, en la que yo no quiero influir. Haz lo que el corazón te pida, y no te preocupes de otra cosa. Si piensas que á mi lado puedes ser feliz, ya sabes que ese ha sido el sueño de mi vida entera. Si entiendes que el amor de tu nieto puede darte mayor ventura, corre á su lado y no te detengas por mi causa. He esperado más de medio siglo á que llegara este momento... ¿Que aún no es ocasión? Pues seguiré esperando. ¡Je, je! Yo sé esperar. Y si ya soy muy viejo y debo renunciar á toda esperanza en el mundo, tampoco me rindo... ¡la aplazaré para después! Yo soy el hombre del surco, como dice el señor Cura. Sigo el mío, recto, muy recto, sin pensar adónde irá á parar. Allá, donde termina el horizonte, parece que se juntan la tierra y el cielo. Pues allá va mi surco. ¡Je, je! Y basta de palique. Ahora, á resolver. Vuelvo pronto.

Vase el *tío Lucas.*

ESCENA XII

LA SEÑÁ DOLORES, DON ANDRÉS y ANTONIO.

DOLOR. Abrazando á *Antonio.* Hijo mío... ¡qué horrible lucha sostengo!
ANTON. Madre: el deber de usted está bien claro. Conmigo están la consideración y el respeto de todos, y están también la felicidad, las caricias de su nieto...
DOLOR. ¿Y debo destrozar el alma de ese pobre Lucas, tan noble, tan generoso, que me ha sacrificado toda su existencia?

ANTON. Bien veo que es triste; pero... ¡cómo ha de ser!
DOLOR. Aconséjeme usté, señor Cura.
ANDRÉS. Yo no puedo, señá Dolores. Comprendo lo que dice Antonio: usté tiene deberes que cumplir á su lado... ¡al fin es su hijo!.. Pero también Lucas tiene derechos sobre usté: media una palabra...
DOLOR. ¿Entonces?..
ANDRÉS. Yo no debo inspirar su resolución. ¡Pídale á Dios que la inspire acertada!
ANTON. Antes de una hora vuelve á salir la diligencia. Antes de una hora estaremos usted y yo camino de Madrid.
DOLOR. ¿Eh?
ANTON. Así se evita la lucha; así sufrirá usted menos. ¡Al instante! Sin pensarlo más.
DOLOR. ¿Sin pensarlo?
ANTON. No demos tiempo á que vuelva el tío Lucas. De ese modo será menos doloroso para los dos.
DOLOR. No me atrevo, Antonio. Yo no puedo irme. Sería una crueldad espantosa...
ANTON. Piense usted en lo que dirá el mundo. Dirán que usted ha pospuesto sus deberes de madre á una pasión senil, á una verdadera locura, que ni siquiera inspirará anatemas, sino risas.
DOLOR. Lo comprendo... lo comprendo; pero...
ANTON. Y no es sólo el mundo, madre; soy yo también; yo, su hijo... Si desoye usted mi ruego, si se obstina en lo que yo no debo consentir, no volverá usted á verme en su vida...
DOLOR. Con terror. ¿Qué dices?
ANTON. Digo que yo habré muerto para usted.
DOLOR. Abrazándose á él. No... ¡Eso no!
ANTON. Debo anunciárselo.
DOLOR. ¡Imposible! ¡Tú no harás eso!.. Dime que no lo harás... ¡Dímelo, hijo mío!
ANDRÉS. Ahora le doy el consejo que antes no quise darla, señá Dolores. Váyase usté.
DOLOR. ¿Eh?
ANDRÉS. Después de esa amenaza, usté tiene que ser muy desgraciada quedándose al lado del tío Lucas...
DOLOR. Con angustia. ¿Y yéndome?..
ANDRÉS. Lo será usté también, pero menos.
DOLOR. ¿De modo que usté me aconseja?..
ANDRÉS. Que se vaya.
ANTON. Ya lo oye usted.
DOLOR. Con tristeza. Venciste, Antonio. ¡Cúmplase tu voluntad!

ESCENA XIII

DICHOS, PETRILLA y PERICO.

PETR. Entrando. Señá Dolores: ¿es verdad lo que dice el abuelito?
DOLOR. ¿Qué dice?
PETR. Que ya no hay boda.
ANDRÉS. Es verdad.
PERICO. ¿Y que se va usté á Madrid?
ANDRÉS. También.
PERICO. Pues yo no la dejo: yo me voy con usté, aunque no quiera.
DOLOR. Conmovida. ¡Perico!..
PETR. ¿Y cuándo va á ser eso?..
ANTON. En este instante; ahora mismo...

ESCENA ULTIMA

DICHOS y el tío LUCAS.

LUCAS. Que oye la frase de *Antonio*. ¿Sin despedirse de mi, siquiera?
PETR. Corriendo á él. ¡Abuelito!

Lucas se acerca á *Dolores*. Todos los demás personajes se agrupan á otro lado.

LUCAS. Con tono natural. Haces bien, Dolores. Tu deber es seguir á tu hijo.
DOLOR. Reprimiendo los sollozos. ¿Tú me lo dices?
LUCAS. ¿Por qué no? Entregándola un papel que trae en la mano. Toma. Lleva esto á tu nieto.
DOLOR. ¿Qué es esto? Examina el papel y dice: La escritura del huerto de los Alamillos... Con asombro. ¡A su nombre!..
LUCAS. Ya no ha de ser para ti, ni para mí: que sea para él.
DOLOR. Llorando de emoción. ¡Lucas!.. Mi pobre Lucas!.. ¡Qué grande eres y qué ingrata iba yo á ser contigo! Pasando al lado de *Antonio* y dándole el papel. Ten Antonio.
ANTON. ¿Qué me da usted, madre?
DOLOR. La prueba de que Lucas...
LUCAS. Rápidamente en voz baja á la *señá Dolores*. Si le dices que soy yo, no lo aceptará.
DOLOR. Lo mismo á *Lucas*. Tienes razón. A *Antonio*. Esto es... un regalo que yo hago á tu hijo...
ANTON. Se lo llevará usted misma.

Antonio rechaza el papel. La *señá Dolores* le obliga á tomarlo, y éste al fin lo recoge, aunque sin verlo.

DOLOR. Con energía y decisión. No; yo no me voy. Ahora sí que mi resolución está tomada de un modo irrevo-

cable, y que es el corazón quien me lo dicta. ¡Mi deber está aquí!

ANTON. Sorprendido por el tono de su madre. Pero ¿esa resolución?..

DOLOR. Con amargura. No tengas cuidado, Antonio; no me casaré. Mi pasión *senil* no dará que reir á la gente...

ANTON. ¡Madre!..

DOLOR. Lucas no volverá á entrar en mi casa. Te lo aseguro. ¡Tu madre no ha mentido jamás!..

LUCAS. Acércándose á la *señá Dolores* en voz baja. Pero, entonces, ¿para que te quedas?

DOLOR. Para verte pasar por delante de mi ventana, y que sigas diciéndome: «Buenas tardes, Dolores.»

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

1,50 *pesetas.*